

UN MUNDO SIN DIOS¹

Etienne Gilson

Un mundo que ha perdido el Dios cristiano tiene que ir asemejándose al mundo que no lo conoció. Al igual que el mundo de Tales y de Platón, nuestro mundo moderno está “*lleno de dioses*”. Conocemos a la ciega ‘*Evolución*’, a la perspicaz ‘*Ortogénesis*’, al benévolo ‘*Progreso*’ y a otros que es más discreto no mencionar por su nombre, y no tenemos por qué herir los sentimientos de los hombres que todavía les rinden culto.

Empero es importantísimo para nosotros demostrar que la humanidad está condenada cada vez más a vivir bajo la fascinación de una nueva mitología científica, social y política, si no exorcizamos resueltamente de ella esas perturbadoras nociones, cuya influencia sobre la vida moderna se está haciendo aterradora.

Millones de hombres se están desangrando y muriendo de hambre sólo porque dos o tres de esas abstracciones *pseudocientíficas* o *pseudofilosóficas* están ahora en pugna. Parece como si, cuando los dioses luchan entre sí, fueran los hombres quienes tuvieran que morir.

¹ Transcripción de la sección final del Capítulo IV del libro ‘Dios y la Filosofía’.

¿Es que no podríamos hacer esfuerzos para comprobar que la «*evolución*» ha de ser en gran parte lo que nosotros la hagamos ser; que el «*progreso*» no es una ley que se logre automáticamente por sí, sino algo que ha de ser conseguido con paciencia por la voluntad de los hombres; que la «*Igualdad*» no es un hecho dado en la realidad, sino un ideal al que hay que ir acercándose progresivamente por medios justos; que la «*Democracia*» no es la diosa conductora de algunas sociedades, sino una promesa magnífica que ha de ser cumplida por todos **mediante la voluntad obstinada de ser amigos**, si es que somos suficientemente fuertes como para mantenerla durante generaciones y generaciones?

Creo que podemos lograr todo eso, pero antes hay que dejar lugar a buena cantidad de pensamientos claros; por ello, y **a despecho de su proverbial inutilidad, la filosofía puede ser ahora muy útil.**

Lo que les ocurre a muchos de nuestros contemporáneos no es que sean «*agnósticos*», sino que son «*teólogos descarriados*», pues los verdaderos agnósticos escasean mucho y no hacen daño a nadie, excepto a sí mismos, ya que, así como no tienen Dios, tampoco tienen dioses. Mucho más frecuentes son, por desgracia, esos «*pseudoagnósticos*» que, combinando el conocimiento científico y la generosidad social con la falta completa de cultura filosófica, sustituyen a la teología natural (que no entienden) por mitologías peligrosísimas.

El problema de las causas finales es quizá el que discuten con más frecuencia estos agnósticos modernos. Sin embargo, ése es sólo uno de los muchos aspectos del problema supremo de la metafísica: **el problema del «Ser».**

Detrás de la pregunta “¿Por qué hay seres organizados?” queda esta otra mucho más profunda que planteamos en los mismos términos que Leibniz: “¿Por qué hay algo más que la nada?”. También aquí me explico que el hombre de ciencia rehuse contestar, y hasta acepto que me diga que esa pregunta no tiene sentido, pues, hablando ‘científicamente’, no lo tiene.

En cambio, hablando ‘metafísicamente’, sí que lo tiene. La ciencia puede dar razón de muchas cosas del mundo, y quizá algún día pueda explicar todo lo que es realmente el mundo de los fenómenos; **pero nunca sabrá por qué algo es, o existe**, ya que ni siquiera puede plantearse tal cuestión.

La única respuesta concebible a tal cuestión es:

- Toda energía existencial particular y toda cosa particular ‘*existente*’ depende para su existencia de un «**Acto puro de existencia**».
- Para poder servir de respuesta última a todos los problemas existenciales, esta causa suprema tiene que ser «**existencia absoluta**».
- Por ser absoluta, tal causa es «**autosuficiente**», y, si crea, «**su acto creador debe ser libre**».

• Puesto que crea no sólo el ser, sino también el orden, debe ser algo que, en última instancia, contenga eminentemente el único principio de orden que conoce nuestra experiencia, es decir: «**el pensamiento**».

Ahora bien, una causa absoluta, autosubsistente y pensante no puede ser 'Algo', sino «**Alguien**», «**Él**». En resumen, la causa primera es el «**Uno**» en que coinciden la causa de la naturaleza y la de la historia, **un Dios filosófico que también puede ser el Dios de una religión**.

Dar un paso más sería cometer aquí una falta análoga a la que antes reprochábamos a los agnósticos. La incapacidad de algunos metafísicos para distinguir entre filosofía y religión ha resultado tan dañina a la teología natural como las intromisiones de la ciencia pseudometafísica.

La «*metafísica*» pone a Dios como Acto puro de existencia, pero no nos proporciona concepto alguno acerca de su esencia. **Por ella sabemos que Él es, pero no comprendemos lo que es**.

Metafísicos simplistas han llevado involuntariamente a los agnósticos a creer que el Dios de la teología natural era el “relojero” de Voltaire o el “carpintero” de la apologética barata, sin comprender que, en primer lugar, ningún relojero ha “hecho” jamás reloj alguno, pues el “hacedor de relojes” en sí no existe, y los relojes son hechos (dispuestos) por hombres que saben hacerlos. Análogamente, **poner a Dios como la causa suprema de lo que es, es comprender que Él es Quien puede crear, porque Él es “El que es”**; pero esto nos dice aún menos respecto a lo que pueda ser la existencia absoluta que lo que nos diría cualquier obra de carpintería o relojería acerca del hombre que la hizo.

Puesto que somos hombres, sólo podemos afirmar a Dios sobre bases antropomórficas, pero esto no nos obliga a ponerle como Dios antropomórfico.

Siendo así el Dios de la teología natural, la verdadera metafísica no culminará en concepto alguno, ni aun siquiera en los de Pensamiento, Bien, Uno o Sustancia. Tampoco culminará en esencia ninguna, ni aun en la del Ser, pues su última palabra no es **ens**, sino **esse**, no es ente, sino **ser**. El esfuerzo último de la verdadera metafísica es poner un **Acto** por un **acto**, es decir: poner, por un **acto de juzgar**, el supremo **Acto de existir**, cuya esencia misma, por tener que ser, sobrepasa la inteligencia humana.

Es que **donde termina la metafísica del hombre, allí comienza su religión**. Pero no olvidemos que la única senda que puede llevarle al punto en que comienza la verdadera religión, tiene que llevarle necesariamente más allá de la contemplación de las esencias, **hasta el propio misterio de la existencia**.

No es difícil dar con esta senda, pero pocos son los que se atreven a seguirla hasta el final. Muchos, seducidos por la belleza inteligible de la ciencia, pierden todo gusto por la metafísica y la religión. Otros, absortos en la contemplación de alguna causa suprema, llegan a comprender que la metafísica y la religión tienen en última instancia que coincidir, pero no pueden decir cómo ni dónde; de aquí que separen de la filosofía la religión, o que renuncien a la religión por seguir a la filosofía, si es que no renuncian, como Pascal, a la filosofía por seguir a la religión.

Pero ¿por qué no hemos de conseguir la verdad? ¿Por qué no hemos de lograrla plenamente? Es cosa que puede hacerse; ahora **sólo llegarán a ella los que se convencen de que el Dios de los filósofos, “El que es”, es EL QUE ES, el Dios de Abrahám, de Isaac y de Jacob.**